

GERARDO MUÑOZ LORENTE

EL DESASTRE DE ANNUAL

LOS ESPAÑOLES
QUE LUCHARON
EN ÁFRICA

El mayor desastre militar de
nuestra historia contemporánea
que socavó los cimientos de la
monarquía de Alfonso XIII.



El conocido históricamente como desastre de Annual ocurrió en el verano de 1921, entre el 21 de julio, cuando los rifeños rebeldes liderados por un antiguo moro amigo de España, Mohamed Abd-el-Krim, ocuparon la posición española de Igueriben, y el 10 de agosto, con la rendición y matanza en Monte Arruit. Entre medias, miles de militares españoles sufrieron un auténtico viacrucis al emprender una retirada desesperada y condenada al fracaso. Las noticias de tales hechos, así como el posterior cautiverio de centenares de militares y paisanos españoles, conmocionaron a España entera y fueron causa directa de varias crisis políticas como el golpe de estado y la dictadura de Miguel Primo de Rivera así como la posterior caída de la monarquía de Alfonso XIII.

Aquella trágica derrota del ejército español fue el comienzo de la última guerra colonial española, que duró seis años y finalizó con la ocupación militar del Protectorado de España en Marruecos.

En este libro, Gerardo Muñoz cuenta cronológica y detalladamente los hechos acaecidos durante el Desastre de Annual, pero también lo sucedido durante la campaña militar del resto del año 1921 y las dramáticas experiencias vividas por algunos de los españoles capturados. Y lo hace resaltando el factor humano, es decir, a los protagonistas; no solo a los militares de mayor graduación, sino también a muchos jóvenes que formaban parte de la tropa y que son los grandes olvidados de las crónicas oficiales.

Entre los protagonistas Muñoz dedica un capítulo especial a la familia de Abd-el-Krim, fundador de la República del Rif, clarificando algunas cuestiones vitales para entender la dinámica de los hechos y el contexto en el que estos se desarrollaron.

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[El desastre de Annual](#)

[Prólogo](#)

[Conquistar el corazón de los vencidos](#)

[—I— Antecedentes](#)

[El acta de Algeciras](#)

[El protectorado español](#)

[El Rif](#)

[Juntas de Defensa](#)

[—II— 1920: Avances del ejército español](#)

[Silvestre, nuevo comandante general de Melilla](#)

[Primer semestre](#)

[Segundo semestre](#)

[Protagonistas](#)

[—III— Enero 1921](#)

[Hambruna](#)

[Extensión de las líneas](#)

[—IV— Febrero-marzo 1921](#)

[Ocupación de Sidi Dris](#)

[Confederación de resistencia rifeña](#)

[—V— Abril-Mayo 1921](#)

[Negociaciones infructuosas](#)

[Planes para cruzar el Amekrán](#)

[—VI— Junio 1921: Abarrán](#)

[El monte Abarrán](#)

[Ocupación](#)

[Pérdida](#)

[Protagonistas](#)

[—VII— Junio 1921: Del ataque a Sidi Dris a la ocupación de Igueriben](#)

[Condiciones de Abd-el-Krim](#)

[Ocupación de Talilit](#)

[Establecimiento de las Intermedias A Y B](#)

[Reunión de Berenguer y Silvestre](#)

[Ocupación de Igueriben](#)

[—VIII— Junio-julio 1921: defensa de Igueriben](#)

[Posiciones españolas a principios de julio](#)

[Asedio de Igueriben](#)

[Protagonistas](#)

[—IX— Julio 1921: Pérdida de Igueriben](#)

[Sufrimiento en Igueriben](#)

[Rescate frustrado](#)

[Igueriben no se rinde](#)

[Caída de Igueriben](#)

[Protagonistas](#)

[—X— Pérdida de Annual](#)

[Desbandada general](#)

[Retirada a Dar Drius](#)

[Protagonistas](#)

[—XI— Caídas de posiciones en cascada](#)

[Talilit](#)

[Buimeyán](#)

[Intermedia C](#)

[Izummar](#)

[Intermedia B](#)

[Yebel Uddia](#)

[Tafersit](#)

[Zayudait](#)

[Mehayast](#)

[Rehenes en Buhafora](#)

[En Dar Drius](#)

[Asedio de Dar Quebdani](#)

[Asedio de Sidi Dris](#)

[—XII— 23 de julio: Continúan la retirada de la columna Navarro y la caída de posiciones](#)

[Retirada de Dar Drius a Batel-Tistutin](#)

[En Batel y Tistutin](#)

[Pérdidas de posiciones](#)

[Sbuch-Sba'a resiste](#)

[Ocupación de casa Si Hammú en Dar Quebdani](#)

[Defensa de Zeluán con rehenes](#)

[Huida de colonos de Monte Arruit](#)

[Último despegue de aviones en Zeluán](#)

[Protagonistas](#)

[—XIII— 24 de julio: Pánico en Melilla](#)

[Nador y Zeluán sitiadas](#)

[¿Por qué no entraron los rifeños rebeldes en Melilla?](#)

[Siguen resistiendo en Sbuch-Sba'a y en la casa de Si Hammú](#)

[Abandono de Segangan](#)

[—XIV— 25 de julio: Contraste de actitudes en Dar Quebdani y más pérdidas de posiciones](#)

[Rendición vergonzosa en Dar Quebdani](#)

[Muerte heroica en casa de Si Hammú](#)

[Retirada de Ain Mesauda a Sbuch-Sba'a](#)

[Pérdida de Sbuch-Sba'a](#)

[Pérdida de Sidi Dris](#)

[Retirada de Zoco el Telatza](#)

[Protagonistas](#)

[—XV— Objetivo: Proteger Melilla](#)

[26 de julio](#)

[27 de julio](#)

[28 de julio](#)

[Protagonistas](#)

[—XVI— Retirada de Tistutin a Monte Arruit](#)

[En Nador](#)

[Protagonistas](#)

[—XVII— Espera angustiosa y repercusión política](#)

[29 de julio](#)

[30 de julio](#)

[31 de julio](#)

[—XVIII— Pérdida de Nador y de Zeluán](#)

[En Monte Arruit](#)

[Pérdida de Nador](#)

[Pérdida del aeródromo de Zeluán](#)
[Pérdida de la alcazaba de Zeluán](#)
[—XIX— Infierno en Monte Arruit](#)
[En Monte Arruit](#)
[Protagonistas](#)
[—XX— Pérdida de Monte Arruit](#)
[Abd-el-Krim y los actos de ferocidad](#)
[Protagonistas](#)
[Regimiento Alcántara](#)
[—XXI— Agosto 1921: Después de Monte Arruit](#)
[En Melilla](#)
[Protagonistas](#)
[—XXII— Septiembre 1921](#)
[Recuperación de Nador](#)
[Repliegue rifeño y traslado de prisioneros](#)
[El coste del avance](#)
[Protagonistas](#)
[—XXIII— Octubre 1921](#)
[Combate de Taxuda](#)
[Recuperación de Zeluán](#)
[Recuperación de Monte Arruit](#)
[Protagonistas](#)
[—XXIV— Continúa el avance](#)
[—XXV— Censura y suicidios](#)
[Víctor Ruíz Albéniz](#)
[Luis de Oteyza García](#)
[—XXVI— Informe Picasso](#)
[Protagonistas](#)
[—XXVII— Cautiverio y rescate](#)
[Oteyza visita a los prisioneros](#)
[El Moro Paco y los marineros de Torrevieja](#)
[Rescate](#)
[Protagonistas](#)
[—XXVIII— Los Abd-el-Krim y la República del Rif](#)
[Amigos de España](#)
[Entre dos aguas](#)

[Enemigos de España](#)

[Organización política](#)

[Reformas políticas y militares](#)

[Derrota y exilio](#)

[Armas químicas](#)

[Sender e Imán](#)

[Bibliografía](#)

[Archivo Militar General de Segovia](#)

[Hemeroteca](#)

[Internet](#)

[Expediente Picasso:](#)

[Sobre el autor](#)

[Notas](#)

Prólogo

Conquistar el corazón de los vencidos

La cuestión de la memoria es también una cuestión conceptual. El árbol que la sustenta está enraizado en el humus del pasado pero, como sus ramas, se nutre de la lluvia del futuro; su tronco se alza hacia un horizonte cuajado de nuevas promesas, de lo contrario no sería futuro. Las orillas norte y sur del Mediterráneo son los labios de una voz común, de palabras y hechos tejidos entre las dos riberas con sus encuentros y desencuentros. Por ello, más allá del rosario secular de hostilidades entre las gentes de ambos litorales, en el caso de Melilla y el Rif oriental, la espuma histórica que prevalece no es la de sus batientes, sino la de sus arenales compartidos, es decir la imbricación entre la población española y su región natural, en especial con las cinco cabilas de Guelaia, la tierra de las vetustas casbas jerifianas y los nautas cárabos, impregnada durante más de cinco siglos del devenir español como ningún otro territorio marroquí.

Como bien recoge Gerardo Muñoz, en julio de 1922 M'hammed ben Abd-el-Krim confesó en Axdir al periodista Luis de Oteyza: «El Rif no odia al pueblo español, y no le hubiese odiado nunca si no fuera por la invasión militar». Esta declaración se realiza un año después de haberse producido la debacle de las fuerzas militares españolas depen-

dientes de la Comandancia General de Melilla, entonces bajo el mando del general Manuel Fernández Silvestre. Escribo esto y rememoro una espléndida fotografía del militar, henchido de orgullo a sus 48 años, montado a caballo al frente de sus tropas, realizada en 1920 en la plaza de España de Melilla.

Julio de 1921 fue la hoja del calendario más amarga del ejército expedicionario español en campaña y la que avivó el sentimiento nacional en el Rif. Gerardo Muñoz subraya este hecho y reseña que la «yihad contra el invasor cristiano alcanzó su culminación en 1921, cuando el movimiento de resistencia fue encabezado por un antiguo *moro amigo de España*: Mohamed ben Abd-el-Krim».

La última de las campañas militares de España en Marruecos estuvo precedida de un rimero de conflictos localizados en su mayoría, a excepción de la «guerra romántica» de 1859-1860, en torno a la plaza de armas de Melilla. Tres decenios después de la guerra de Tetuán, estalla en Melilla la primera de las campañas, conocida como la guerra de Margallo, de 1893-1894; de hecho, es la escaramuza de una contienda que baliza los límites espaciales de la nueva Melilla, en la que fulge la estrella del futuro general Picaso. A esta seguirán otras tres. La primera de ellas, en 1909, se desarrolló con el doble objetivo de establecer las bases territoriales de la explotación económica de las minas del Rif en la cabila de Beni Buifrufr, y afianzar la posición de Melilla como eje de penetración comercial y militar en Marruecos. Apenas dos años más tarde, en 1911, cuando aún no se ha constituido el Protectorado, un nuevo conflicto territorial lleva a aflorar la figura del primer líder de la resistencia rifeña, el *cherif* Mohamed Ameziane, conocido entre los españoles como Mizián el Malo, en contraposición a Mohamed ben Mizian el Bueno, el futuro teniente general del Ejército español y, *a posteriori*, mariscal de las novísimas fuerzas armadas marroquíes y primer embajador del Marruecos independiente en la España franquista. Finalmente,

en 1921 dio inicio la postrera intervención militar española en el Rif, la más extensa, cruel, sangrienta y salvaje de todas, excepción hecha de la guerra civil española que, para algunos historiadores, entre los que me encuentro, fue una trágica secuela del llamado «desastre de Annual». Este en realidad comenzó, como reseña Gerardo Muñoz, el 21 de julio de 1921, cuando los rifeños se apoderaron de la posición de Igueriben y terminó con la rendición y matanza en Monte Arruit. Aunque el cómputo de cifras es inexacto, según cita el autor, el Informe Picasso explicita que el saldo de muertos en el Ejército español fue de 13 363 (10 973 españoles y 2390 marroquíes), mientras que las bajas rifeñas se calculaban en unas 1000. El documento oficial *Relación numérica de las bajas sufridas por fuerzas de esta comandancia general desde el 17 de julio al 10 de agosto de 1921*, de 15 de diciembre de 1922, sitúa las bajas en el Ejército español en 12 214. Si de esta cantidad se restan los heridos, desaparecidos, desertores y prisioneros, así como los rifeños que cayeron sirviendo a España, se calcula que fueron unos 8000 los muertos peninsulares.

En España, apenas se ha tenido en cuenta la historiografía marroquí, que no habla del desastre de Annual, sino de la batalla de Annual. A mí esto me parece más ecuánime, porque, aun reconociendo el enorme grado de subjetividad que aporta el historiador a sus trabajos, la sujeción a los hechos documentados es esencial. Quizás por ello, las mejores fuentes para apreciar el calado de lo que aconteció en el Rif, incluida Melilla, entre 1921 y 1927, no sean historiográficas, sino narrativas e incluso gráficas. En el primer aspecto, resultan cruciales las obras *Imán*, de Ramón J. Sender (1930); *El Blocao*, de José Díaz Fernández (1930); y *La forja de un rebelde*, de Arturo Barea (1945), tan distintas como destacadas entre una miríada de páginas literarias y testimoniales producidas desde los años veinte hasta la actualidad. En el aspecto de las fuentes gráficas, como recoge Gerardo Muñoz, la fotografía es ya un documento im-

pagable, donde destacan las aportaciones del joven fotógrafo Alfonso que acompaña a Luis de Oteyza en su viaje al Rif de Abd-el-Krim, o las de Bartolomé Ros, entre otros. Y digo bien, es el Rif de Abd-el-Krim, porque han existido y existen muchos Rif, como recordaba Germain Ayache: el Rif de los historiadores, el Rif de los viajeros, el Rif de los sociólogos..., pero el único que perdura es el Rif de los rifeños. Este es el Rif de Mohamed ben Abd-el-Krim el Jattabi, impulsor y único presidente de la República rifeña, tan decisiva y efímera como lo fue la Segunda República española.

Siempre me he preguntado acerca de las motivaciones profundas de la enorme nostalgia que han generado durante un siglo los hechos de la campaña de 1921-1927. Acerca de esto, he leído y reflexionado sobre las múltiples cuestiones que han configurado los brazos de un poliedro tan irregular como impreciso. Entre otras: la indigerible derrota de un ejército europeo ante lo que Cándido Lobera —fundador-director de *El Telegrama del Rif*— llamó las huestes del hijo de un sastrecillo de chilabas. El descuadre de los negocios de la oligarquía financiera española en lo que presumía El Dorado marroquí. La trágica contradicción de aunar en el ejército sublevado en julio de 1936 a miles de rifeños que pocos años antes habían luchado contra sus ahora compañeros de raza. La amalgama, en teoría imposible, de la Reconquista, la Cruzada, de la mano del «infiel», contra los sin Dios: judíos comunistas y masones. El chirriante cruce de aviesas miradas hacia el «otro», el traidor e incivilizado desdibujado por la gramática degenerativa del colonialismo rampante. La respuesta definitiva a la presunción de Joaquín Costa acerca del fracaso de España como estado guerrero después de la debacle antillana. El guerrero forjado durante siglos en la lucha contra el moro, que como ofrenda ritual le ofrece al enemigo de toda la vida el antifaz de un patriotismo compartido con el que penetrar, a golpe de

gumía, a través de una nueva puerta de entrada en el edén de los mártires.

La descripción de los eslabones de fijación de la maroma de posiciones y campamentos improvisados, mal planteados, y peor estructurados, que constituían el itinerario hacia el «objetivo Alhucemas» del general Silvestre, se recorre pormenorizadamente en las páginas de este libro. El autor las describe sobre el terreno, allí donde radican algunas de las claves de lo que se convirtió en una tragedia de dimensiones ciclópeas en la desarbolada España de los años veinte del siglo pasado. De nada sirvieron voces de advertencia tan autorizadas como la del informe reservado que el coronel Gabriel de Morales presentó a Fernández Silvestre «sobre la situación polémica de Melilla con el proyectado avance sobre Alhucemas».

Me resultan innovadoras las ventanas que, cimbreando en el hilo narrativo del texto, abre Gerardo Muñoz con la vitola de los «protagonistas» de esta historia de desvelos patrióticos. Pequeños apuntes biográficos e iconográficos que retratan a figuras tan necesitadas de ser historiadas como José Riquelme, Juan Salafranca Barrio, Joaquín Cebollino Von Lideman, Julio Benítez Benítez, Luis Casado, Manuel Fernández Silvestre —del que Gerardo Muñoz indaga las distintas y contradictorias versiones de su quimérica muerte en Annual—, Gabriel de Morales —el único militar, también historiador, cuyo cadáver fue devuelto por su amigo Abd-el-Krim—, Félix y Francisco Arenas Gaspar, Fernando Primo de Rivera, Felipe Navarro, Eduardo Pérez Ortiz, los prisioneros de Abd-el-Krim, Francisco Basallo Becerra y Carmen Úbeda Gómez, incluidos también el recientemente laureado Regimiento Alcántara, familias de colonos, como la de García Campoy, las cantineras Juana Martínez López y María Gómez Gil, etc.

Todo este apartado bibliográfico y documental cimienta la estructura del libro de Gerardo. Es decir, su corpus principal sustentado en un texto compartimentado en fragmen-

tos cortos, integrados en un código cronológico muy bien secuenciado; los esbozos biográficos de los protagonistas, la mayoría de ellos militares, arropados por pinceladas extraídas de sus hojas de servicios; la cartografía orientativa, siempre tan necesaria; las fotos y croquis; las fuentes bibliográficas coetáneas —Luis de Oteyza, Dámaso Berenguer Fusté, Víctor Ruiz Albéniz...—, y posteriores, en las que se documenta, mención especial para los libros de la historiadora M.^a Rosa de Madariaga; el Expediente Picasso como hilo conductor de unos acontecimientos enmarañados por la niebla de la propaganda política; etc.

En todo caso, el libro de Gerardo clarifica algunas cuestiones vitales para entender la dinámica de los hechos y el contexto en el que estos se desarrollan. En especial, quiero resaltar los intentos de Abd-el-Krim acerca de algunos militares españoles radicados en Melilla, como el coronel Morales, para evitar el enfrentamiento armado y actuar con prudencia. No pudo ser y, como muestra Gerardo Muñoz en su *Desastre de Annual* se escribió con reglones de dolor: desbandada, caída de posiciones en cascada, asedios, pérdidas, perdidas y más pérdidas, rehenes, rendiciones, huida de colonos, pánico... Y algunos interrogantes aún sin resolver: ¿por qué no entraron los rifeños en Melilla el 24 de julio cuando apenas quedaban 200 soldados en su guarnición y el estallido estaba en su cénit? Gerardo Muñoz se inclina por una argumentación de peso, en la que no se puede obviar el sentimiento melillense de Abd-el-Krim que había vivido y trabajado varios años en la ciudad:

Lo único que preocupaba a Abd-el-Krim de lo que sucedía cerca de Melilla (además de impedir que se cometiera una matanza en la ciudad que pudiera dañar la imagen del Rif en el mundo) eran los prisioneros: quería que les fueran entregados para tener más fuerza cuando llegara el momento de negociar con el Gobierno español. Así se lo dijo un año después el hermano menor del caudillo rifeño al

periodista Luis de Oteyza: «(...) no se asaltó Melilla, aunque estuvo indefensa durante casi tres días (...). Tuvimos que trabajar mucho para impedirlo. Nosotros no queríamos pasar de la línea del Kert, y establecer allí la frontera; pero al ver que las cabilas sometidas se excedían en acometividad y en furia, temimos que asaltasen Melilla. Hubiera sido horrible. La humanidad entera se hubiese horrorizado ante un saqueo así, con los incendios, las violaciones y los asesinatos consiguientes. Mi hermano lo comprendió, y envió a este (Ben Siam) con tres cañones y seiscientos hombres para evitarlo. En el Gurugú estuvieron una semana protegiendo a Melilla, hasta que estableció Berenguer la línea defensiva (...). Aspirábamos ya, como aspiramos ahora, a que se nos considere un pueblo digno y no una tribu de salvajes. Por eso quisimos evitar ese acto, que se consideraría feroz en todo el mundo».

De esta manera, los considerados «cabileños rebeldes» ofrecieron la imagen política de «un pueblo digno y no una tribu de salvajes», acorde con sus aspiraciones nacionales. Abd-el-Krim no quería hacer *tabula rasa* de Melilla y su historia; al contrario, exhortaba al diálogo y propiciaba un entendimiento que las armas no dejaron reflotar en ninguna ocasión. Quizás por ello, no hubo infierno en Melilla, como sí lo hubo en acuartelamientos y posiciones, en especial en Monte Arruit. En el caso de Melilla, la llegada de tropas, iniciada el 24 de julio, revertió una situación que angustiaba a su población. El arribo del Regimiento de la Corona, procedente de Almería, al mando del teniente coronel Barrera Baus «fue recibido con gran alivio por los melillenses que esperaban los refuerzos salvadores en el muelle desde el espigón». Horas después llegaban dos banderas del tercio al mando del teniente coronel Millán Terreros y dos tabores de regulares, comandados por el teniente coronel González Tablas. El 1 de septiembre de 1921 la cifra de refuerzos llegados a Melilla rondaba los 36 000 militares. Con ellos, el

alto comisario Dámaso Berenguer empezó a planear la ansiada *reconquista*.

Con la *reconquista*, un término cargado de pólvora, que rememora la lucha contra el «infiel» en la España de la baja Edad Media, se desgrana otra fase de indescriptible violencia. Ahora se habla de recuperaciones, avances, bombardeos, empleo de gases tóxicos, repliegue rifeño, cautiverio y rescate, censura y suicidios, en un apuntalamiento decisivo del Protectorado en el Rif que se cierra estelarmente con el desembarco de Alhucemas, el 8 de septiembre de 1925. Dos años más tarde, en 1927, ya con Abd-el-Krim en el exilio, el general Sanjurjo firma la orden final de «pacificación» del territorio en la población de Bab Taza. Entonces, como recogía el diario *ABC* el 10 de agosto de 1927, comenzaba otro tiempo en el que había «que conquistar el corazón de los vencidos».

VICENTE MOGA ROMERO